

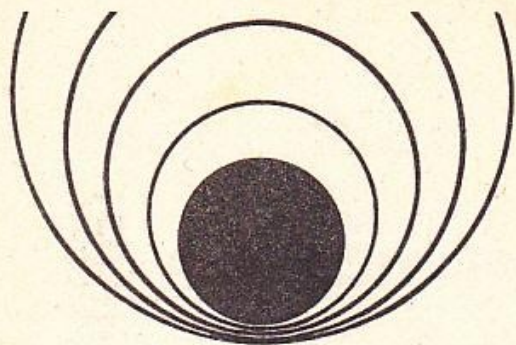
PUNTO
ROJO

UN ATAUD PARA LA HEREDERA

Joseph Berna



SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS



PUNTO ROJO



JOSEPHBERNA
UNATAUDPARALAHEREDERA

ColecciónPUNTOROJOn.
°915Publicaciónsemanal

EDITORIALBRUGUERA,S.A.

BARCELONA-BOGOTA-BUENOSAIRESCARACAS-MEXICO

ULTIMASOBRASDELMISMOAUTORPUBLICADASPORESTAEDITO

1.514.—Cementerioparados.

EnColecciónKANSAS:

843.—Laelecciónde«MissOklahoma».

EnColecciónCOLORADO:

841.—Unosadocaliforniano.

EnColecciónBISONTESERIEAZUL:

460.—¡Fuera sombreros, que corre «Matusalén»!

EnColecciónBUFALOSERIEAZUL:

393.—¿Dondequierelabala, míster?

EnColecciónPUNTOROJO:

899.—Plomoalaitaliana.

ISBN84-02-02520-X

Depósito legal: B. 29.869-1979

Impreso en España - Printed in Spain 1.ª edición: noviembre, 1979

© Joseph Berna-1979 texto

© R. Cortiella-1979 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A. (Mora)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como

Impreso en > a Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.A. (Parets del Vallés (

21,650) Barcelona 1979

Adam Britton y Monty Stack se detuvieron frente a la sala de billares de Larry E.

—Aquí es, Monty—

dijo Adam, un joven de veintiocho años, alto, peso proporcionado, pelo oscuro,

—No me gusta este lugar, Adam—

rezongó Monty Stack, treinta y dos años, más alto aunque Adam Britton, ciento

lacinado, muy ceñida, además de dejar al descubierto unos brazos como tr

—

No estamos aquí por que nos guste, Monty, sino por que nos hancitado

—repuso

Adam.

—

Sí, nos hancitado. Pero nos sabemos quié y a mínuncame ha gustado la cita sar

Adam Britton sonrió, mostrando su sanadentadura

—

A nosotros no pueden habernos citado para eso, Monty. Casi siempre estamos si

—Eso es lo que dijo, pero...

—Dejaderefunfuñaryentremos—

le interrumpió Adam y empujó la puerta de los billares.

Casi se le quedan pegados los dedos, de mugrienta que estaba. Debía hacer

Adam Britton penetró en el local, seguido de Monty Stack.

La sala no estaba mucho más limpia que la puerta.

Perosaltaba la vista que a los clientes habituales del local no les importaba qu

Pelos grasientos, rostros sin afeitar, camisas sudadas y llenas de manchas, pa

Había también un par de furcias, con cara de prestar se a todo por muy poco.

De hecho, una de ellas ya se estaba prestando.

Se hallaba sentada sobre la mesa de billar que había más al fondo de la sala, con

El rostro de la furcia, sin embargo, no expresaba ninguna emoción.

Comosinosintieranada.

Ylaverdadesquenadasentía,porqueeltipoeramuybastoynoleproporciona

Laotrafulanabaratasehallabasentadaenuntaburete,frentealabarradelbar,con

laspiernascruzadasyunacaradeaburridaquedaabapena.

Yesqueestabasola.

Nadieleprestabaatención.

Bueno,tampocoalaotrafurciayaltipoquelamanoseabalesprestabanadipartidas.

Noobstante,repararonenlaaparicióndeAdamBrittonyMontyStack,aloscu

Tambiénlafurciadeltaburetelosmiró,gratamentesorprendida,porqueera

Laotrafulana,laqueestabasentadaenlamesadebillardelfondo,conlosmusl

Losrostrosdeambosdenotaronextrañeza.

Otroquetambiénencontrabaaquelloextraño,eraLarryElBizco,eldueñode

Setratadeunsujetodecasidosmetrosdeestatura,poderosacabeza,torper

Unauténticoelefantehumano.Yfeo.

Muyfeo.Ybruto.Muybruto.

Cuandoseenfurecía,eracomoparaponerseatemblar.MontyStacksoltóu

—¿Porquéonoslargamos,Adam?AdamBrittonrecordó:

—Poiq uehemossidocitadosaquí,Monty.

—¿Poralgunodelospresentes?

—No,nocreo.Eltipoquenoscitónodebedehaberllegadoaún.

—

Comonoseandeconcuidado,nollegaránunca.Yavisteloquepasóanoche

—Llegará,notepreocupes.Vamosalbar,atomaralgo.

—

Yonoquierotomarnada.Aquípidեսunacervezaytesirvenunbatidodemo¿Noveslamugrequeday...?

—Laspediremosenlatadas,hombre—

sonrióAdam,cogiendodelbrazoasuamigoytirandodeél.

Fueronhaciaelbar,seguidosdelascuriosasmiradasdetodos.Ocuparond

Montydiounvistazoalosmuslosdelafulanaqueteníaallado,generosament

Ellase apresuró a subirse a la falda un poco más. Monty pudo ver que la braguita
Mientras tanto, Adam había descubierto que lo que le es visual es del gigante donde
Eran los efectos de la estrabismo que padecía el propietario de los billares.

—Usted debe ser Larry El Bizco, ¿verdad?—dijo Adam.

—¿Cómo lo ha adivinado?—

repuso el rinoceronte calvo, mostrando sus dientes de caimán.

—Miami goes un tipo muy listo—

intervino Monty, retirando la vista de las piernas de la fulana.

Larry lo miró.

Con un solo ojo, claro.

El otro, ahora, parecía seguir los pasos de la asquerosa cacaracha que acababa

—¿Deveras...?—

repuso el dueño de los billares, tratándole a temerizar con el gesto a

Monty.

Pero éste, que no se achicaba fácilmente, sugirió:

—

Pregúntele y verá. Tiene respuesta para cualquier pregunta. Larry miró a

—¿Qué quiere tomar?

—Dos cervezas; en lata—respondió Adam.

—¿Nos lo dije?—sonrió Monty

—.Yale puede preguntar, ya, que él siempre tiene respuesta para todo.

Adams le volvió la mano a la boca para que el propietario de los billares no le viera reír.

Larry El Bizco, poco acostumbrado a aguantar bromas, apuntó con un dedo a

—

Tómale el pelo a tu padre, rubio, porque si tratas de tomármelo nuevamente amí

Monty iba a replicar adecuadamente, cuando Adam lo cogió del brazo y rogó

—

Tranquilo, Monty. Ya sabes por qué estamos aquí, no lo estropees iniciando una

El rubio rezongó algo, pero hizo caso a su compañero y se mantuvo callado.

—Vengan esas cervezas, Larry—

pidió Adam, sonriendo al dueño del local. El mastodonte puso dos latas sob

Adam cogió una, la abrió, y echó un trago, sin rozar con los labios la lata.

Monty procedió con menos disimulo, pues antes de abrir la lata, sacó un pañu

A Larry El Bizco le molestó la acción del rubio y seguramente le hubieran dicho

Y no era para menos.

Sí, porque la fulana, ni cortan ni perezosa, se había abierto la blusa con un r

movimiento,dejandoaldescubiertoelsenoderecho.

Lefuemuysencillo,porquenollevabasujetador.Tampocohacía falta,lave

Elpecho,aunquegrande,semanteníafirme porsí solo.

LosojosdeMonty,comolosdeAdamylosdeLarry,seclavaronenél,ensuperf

Laprofesionaldelplacer,sonriendomaliciosamente,preguntó:

—¿Tegusta,rubio?

—Oh,sí,mucho—carraspeóMonty,cabeceando.

—Tengootroigual,¿sabes?

—Yalosupongo.

—Justoallado.

—

Claro,noseríanormalquelotuvierasenlaespalda,porqueentoncesyanosería

Lafurciarió.

—Megustatusentidodelhumor,rubio—dijo,cerrándoselablusa.

—Quéexhibicióntancortita...

—

Pordiez dólares,te hagounaexhibicióncompletaytedejoquetoquestodoloque

—¿Aquí,delantedetodos...?

—Larrynosdejaráuncuarto,porotroscincodólares.

—Yasonquince.

—Unainsignificancia.

—

Noparamí,preciosa.Sólo dispongedosdólaresycincuentacentavos.

—¡No!

—Tedoymipalabra.

—¿Ytuamigo...?—lameramiró aAdamBritton.Esterespondió:

—Dosconveinticinco.

—Osea,queentre losdos,notenéis niparapagarelcuarto.

—Desgraciadamente,asíes—suspiróAdam.

—

Pues sí que... Bueno, veamos. Las dos cervezas os costarán cincuentacentavos. C

—lafulanaapuntóhaciaallí.

PeroniAdamBrittonniMontyStackmiraronalaotrafurciayalsujeto.

Sóloteníanajosparaelpersonajequeacababadeentrarenlasaladebillare

Setratabadeunamuchacha.Muyjoven.

Seguroquenoteníamásdeveinteños.Pelorubio.

Largo.Liso.Brillante.Precioso...

Todolodemás,tambiénoera.

Rostro,relievepectoral,caderas,piernas...Unamaravilladechica.

PeroloquehabíadejadoasombradosaAdamBrittonyMontyStack,noerala

extraordinariabellezadelamuchacha,sinosuformadevestir.

Cara.Elegante.Distinguida...

Setratabadeunajovendefamiliaadinerada,nocabíaduda.O,porlomenos,lopor

Encualquiercaso,resultabasorprendentequeunamuchachaasísehubieseasí
¡Ydenoche!

Alavistaestaba,sinembargo,quenolehabíaocurridonada.Peroleocurriría.

Seguroqueleocurriría.

Nohabíamásquefijarseenlascarasdelosclientesdellocal.Todosmiraban

Sucios.Hambrientos...

Laestabandejandoencuerosconlavista.

Peroenlamentadedetodosestabaelderdejarlaencuerosdeverdad.Sobreunam

Luego,mientrasunoslasujetabanyleimpedíangritar,otros...Sí.

Sussuciospensamientospodíanleerseensuscarascontodaclaridad.

Hastalachicamástorpeeingenuahubieseadivinadoloqueibaasucedder,den

Sinembargo,lamuchacharubiadebíaserontaderemate,puesenvezdeecha

Inclusomostrabaunasuavesonrisaensusexcitanteslabios,llenosycubierto

Caminabadirectamentehaciaelbar.

Taconeando confirmeza.

Todas las miradas seguían ávidamente clavadas en sus bellos ojos armoniosos.

Bueno, siete pares y medio, porque Larry El Bizco también le mordió las cosas con un nodo

largo, mientras que el otro parecía vigilarla de reja.

El tipo que manoseaba la furcia sobre la mesa de billar, se había quedado tan pálido

Cuando de nuevo movió las manos, fue para sacarlas, la izquierda de la escotada

Lara me dijo:

—¿Yate has cansado de tocar, Mark?

—Sí—gruñó el sujeto, que tenía cara de hucha.

—Escupe los cinco pavos que me prometiste.

—Luego.

—Ahora—exigió ella, poniéndole la mano.

El tipo también puso la suya, pero sobre la cara de la furcia, al cual tiró de espaldas.

Descubrieron la fulana tendida sobre la mesa de billar, con las piernas en alto. T

Selashabíasacado y guardado en el bolsillo cuando Mark Carade Hucha dijo que le

Ahora, sin embargo, el muy cerdo le pagaba con una bofetada. Así era la gente que

Pero, como la fulana ya estaba acostumbrada a aquella clase de trato, bajó las pie

Ni siquiera se le volvió la mano al año en que le dio una patada. El hijo de perra de Mark mascu

—Téjeme que te los daré luego.

—Bueno—repuso sumisamente ella.

Carade Hucha saltó de la mesa de billar y caminó indolentemente hacia la preciosa

Los otros se le iban poniendo encima y movieron las piernas.

Lachica, al ver que los siete hombres se dirigían hacia ella, se movió a su vez, al car

—¿Adam Britton y Monty Stack?—

preguntó con voz serena, lo cual resultaba sorprendente, dadas las circunstancias.

Adam y Monty cambiaron una mirada, como preguntándose cómo demonios se

—Son ustedes, ¿verdad?—

siguió hablando, la muchacha. Adam sintió levemente con la cabeza.

—Sí, somos nosotros.

—

Me alegro de conocerles. Yo me llamo Laura Spencery y he venido a contratarles.

—¿Contratarnos.,.?—exclamóAdam.

—Sí—cabeceógraciosamentelachica.

—¿Paraqué?

—Paraquemeprotejan.

—¿Dequién?—preguntóMonty.

Lamuchachasevolvióhacialosclientesdellocal,queestabanapocosmetros

—Paraempezar,deestarepugnantepandilladevioladores.

Nohubotiempoparamásexplicaciones.Lossieteindividuosyaestabanal

Perolostipossóloqueríanestarencimadelamuchacharubiaquedecíaallar

Spencer,asíquetratarondeapartaraAdamBrittonyMontyStack.

Prontosedieroncuentadequenolesibaaserfácil.

Bueno,unodeellosnotuvotiempodarsecuentadenada,porquerecibióun
mientoaunantesdeestrellarsecontraelsuelo.

Otroquetambiénfuepuestofueradecombatealasprimerasdecambio,fueM

Larajabucaleragrande,peronolosuficientecomoparatragarseunpuñoytu

Claroque,cuandoesosucedió,eltipoyanosabíasiseencontrabaenlosbilla
LarryElBizcooenelfondodeuncrátermarciano,buscandomuestrasde minerar
Sí.

EltrallazodeAdam,terrorífico,lodurmiócasienelacto.Yfueunasuertepa

Otrodelostiposnotuvotantasuerte,puesAdamlocazóenunojoconsumpañoz

Sóloperdióvista.

Montydespidióauncuartosujeto.

Peronocomosedespideaunfamiliar,cuandoéstesevadeviaje,sinodeunzur

Eltiposeelejóunpalmodelsuelo,trazóunarcoenelaire,comosipretendiera

Montytuvoquesaltardeladocasienseguida,puesunodelostresindividuosq

lasmanos.

Elsujetopasóporsuladocomounbólidodecarrerasylapuntadeltacofueago.

Pobre...

PeronopobreLarry,sinopobretaco.Ypobretipo,también.

Pobretaco,porquesepartióendos,ypobretipo,porqueLarry,furiosoporelg

Eltipodiolasensacióndequeseburlabadeldueñodelosbillares.Primeroy,

Segundo,porquepusolosojosbizcos.

Peroeldesgraciadoyanoestabaparaburlarsedenadieylodemostróaldespl

AlmismotiempoqueMontyStackesquivabalaembestidadeltipodeltaco,

Brittonhundíasupuñoenelhígadodelsexoatacante.

Elindividuoseencogióysoltóeltaco.

Debillar,no;delosotros,delosquesalenporlaboca.YesqueelpuñodeAdam

Sinembargo,resultóunacariciacomparadoconeldañoquelehizarodillac

Estaveznosoltóuntaco,sinounaullidoensordecedor,puesloshuesospropio

Comprensible,portanto,queelsujetosederrumbarayempezaraaretorcerse

Delséptimoatacanteyúnicoquetodavía nohabía«cobrado»,seencargóMonty.

Yeltipo«cobró».

Yhastahubopropina.

Elindividuoacayóalsuelo, dondequedó,agarrándoseelestómagoonunama
aorejaconlaotra.

Delossietecaídos,sólososrecuperaronlavertical:elquerecibierauncastaña

—seleestabahinchandoyponiendonegroporsegundos

—,propinado porAdamyelquerecibieraun«piñazo»enlamandíbula,quedes

Peroamboseranvalientesyqueríaneldesquite.

Tansólomediominutodespués,loquequeríaneraunbotiquín.

Sí,porqueAdamyMontyleshabíanvueltoasacudiryahoraporpartidadol

Comolosotroscincotampocoestabanencondicionesdelevantarse,AdamB.

—Asuntosuelto,señoritaSpencer.Ellarepuso:

—Seequivoca,Adam.Elbizcotambiéntieneganasdepelear.

Eracierto.

LarryElBizcohabíasalidodedetrásdelmostrador,concaradequerercomers

Ytodoporquehabíanresultadovencedoresenlapelea.

—Esmío,Adam—

dijoelrubioysepusodelantedeaquellaespeciedeIdiÁmínDadá,sóloqueenbla

EnlosojosdeLauraSpencerhubo,porprimeravez,unchispeodetemor.M

Montyeramusculoso,peroelbizcoaúnloeramás.

Montysobrepasabaloscientosdepeso,peroelbizcosobrepasabalargame

—¿Podráconél,Adam?—murmuróla joven.

—Monty notieneniparaempezar—sonrióBritton.

—¿Seguro?

—¿Esquenolohavistoustedpelear?

—Síytambiénausted.Perocontrahombres,nocontradinosaurios.

—

PrecisamentecontragigantonesasíescuandoMontypeleaverdaderamenteag

LarryElBizcosaltósobreMontyStack,conlospuñospordelante.

Perodenadasirvequelospuñosvayanpordelante,sinoestánbiendirigidos,p

LosdeMontysalieronenelinstantepreciso.Yperfectamentedirigidos.

Poresoencontraronelcorpachóndelbizco,quetemblóalrecibirlosimpactos.

Larryatacódenuevo.

Y,comoantes,conescasatécnicayningunaprecisión.

Montyburlófácilmentesusatolondradosgolpesyluegolecascóconelpuño

Eldueñodelosbillaressedoblóhaciaadelante,comosifueraahacerunacarar

Montylegolpeóenlanuca,conelfilodelamano.Normalmentesolíapartir

PerolanucadeLarryElBizcodebíasermásduraquelosladrillos,porqueres

Peronoperdióelconocimiento.

Peorparaél.

Montyesperóaqueelmastodonteseirguierayentoncesleobsequióconunce

Albizcoleparecieroncuatro.Setambaleó.

Montylevolvióaatizarenlaquijadayluegoleestrellóelotropuñoentrelos

Si Larry llega a tener un espejo delante en ese momento, le dará las gracias a Monty.

—¡Eh, Monty! ¡Le has curado el estrabismo! —exclamó Adam, justo en el instante en

que el propietario de los billares se derrumbó como una tapia.

Y en el sucio suelo quedó. Inconsciente.

Monty se la mío los despellejados nudillos y se volvió hacia Adam y la joven.

—

Si me entero de que Larry no bizquea a partir de hoy, le pasaré la factura, que yo no

Adam Britton y Laura Spencerrieron. El primer o hijo:

—Será mejor que nos larguemos de aquí, Monty.

—Sí, opino lo mismo.

—Vamos, señorita Spencer.

—Laura, por favor—

rogó ella, dejándose coger del brazo por Adam.

—¡Hasta la vista, guapas! —

se despidió Monty del parej de furcias, que ahora se hallaban juntas, en la mesa

Las profesionales del amor, boquiabiertas todavía por la asombrosa facilidad

Adam Britton, Monty Stack y Laura Spencer abandonaron la sala de billar

En la oscura calle, muy cerca del local, había ahorrado coches estacionados, c

El primero era un «Ford Mustang II Stallion», llamativo modelo de deportivo de t

Tras él, se hallaba un «Dodge» negro.

Cuatro hombres lo ocupaban, pero Adam y Monty no pudieron ver bien sus

—Vamos, suban— indicó a Adam y Monty. Estos obedecieron.

Monty se sentó en el asiento trasero, haciéndolo Adam junto a la muchacha

El motor del «Ford Mustang» rugió, poderoso. Segundos después, el lujoso

El «Dodge» negro arrancó también y siguió al «Ford Mustang». Adam Britton

—¿Quién son esos tipos, Laura?

—¿Los del coche que viene detrás?

—Sí.

—Son policías.

LarespuetadeLauraSpencerhizorespingarenelasientoaMontyStack.

—¿Policías...?—

exclamó, girandola cabezavmirandoporelcristal trasero.

—¿Qué hacenaquí, Laura?—preguntó Adam.

—

MedieronescoltahastalosbillaresdeLarryElBizcoyhubieranirrumpidoenella
Montyvolvióarespingar.

—¡HadichoeltenienteMalone, Adam!—

galleó. AdamBrittonentrecerrólosojos.

—¿QuépintaeltenienteMaloneentodoesto, Laura?

—FueélquienlescitióenlosbillaresdeLarryElBizco—reveló lajoven.

—¿Paraqué?

—

ParaqueyomeconvencieradequeustedyMontysonlaclasedehombresqueano

—Nosotrosnosomosguardaespaldas, Laura.

—

Yaséqueno. Peroambossonfuertes, valientes, peleanmagníficamenteysonde

—¿Esoúltimocómolosabe?

—EltenienteMalonemelodijo.

—¿Ynoledijo, también, quenoshaarrestadovariasveces?—

intervinoMonty. LauraSpencersonrió.

—

Sí, claroquemelodijo. Peromeexplicóqueesosarrestosfueronsiempreporpele

—¿Queélnosrecomendó...?—

exclamóelrubio, queibadesorpresaensorpresa.

—

Asíes, Monty. EltenienteMaloneaseguraquenadie defenderámi vidacontanto

—¿Quiénselaquierecargar, Laura?—preguntó Adam, intrigado.

—Nolosé.

—¿Tampocoporqué?

—

Sí, esosí losé. AcabodeheredaruncasinoenLasVegasyestoydispuestaaconserv

—¿Cuántas?

—

Siete, exactamente. Y, despuésdehaberlasrechazadotodas, peseasermuytent

—¿Quéclasedeamenaza?

—

Unanónimo, enelcualsemeadvertíaquevendieseelDyango, queasísellamael

—Oiga, esoesmuyserio...—dijoMonty.

—

Sí, yaséqueno escomoparatomarlabroma. Peronomehahechocambiardeid

—¿Dequiénloha heredado?—inquirió Adam.

—
PerteneceíaaHowardLarken,mitío,quetambiéñfuemitutorhastaquecumplíla

—¿Cuántosañostieneahora,Laura?

—Prontocumpliréveintiuno.

—
¿YnoleparecequeesdemasiadojovenparadirigiruncasinoenLasVegas?

—Soyjoven,si;peronorpe.Sabrédesevolverme,yaloverán.

—¿Ynoseríamejorvenderlo,Laura?—observóMonty.

—
Seguramentelohubierahecho,dehaberloheredadoenotrascircunstancias

—¿Aquéotracircunstanciasserefiere?—preguntóAdam.

LapenaylaamargurasereflejaronenelbellorostrodeLauraSpencer.

TíoHowardnomurióvíctimadeningunaenfermedad,fuecobardemente

—¿Asesinado...?—repitióMonty.

—
Lomataronagolpes,ensupropiodespacho.Lapoliciánohapodidoaveriguarqu

Adamymontynosupieronquédecir,contagiadosdelprofundodolordelalágrimaesyedificultabasuvisión.

El«Dodge»negroenelqueviajabanlospolicíastambiénsedetuvo.

LauraSpencersedisponíaaextraerunpañuelodesubolso,cuandovioqueAd

—Puedeusarlo,estálimpio.

—Gracias—

musitóella,tomandoelpañueloysecándoselaslágrimas.

—Sientomucholoquelepasóasutío,Laura.

—Tambiényo—dijoMonty.Lajovenlosmiróalosdos.

—Comprendenahoraporquénoquierovenderel«Dyango»,¿verdad?

—Desdeluego—respondióAdam.

—
Simedeshicieradeél,loscobardesqueasesinaronamitíoquedaríansincastigo.

Adamymontysemiraron.

LauraSpencerinformó:

—
Lespagaréincomildólaresalmesacadauno.Aparte,lesentregaréunarecomp

ComoAdamymontynodeciánnada,lajovenpreguntó:

—¿Aceptan,muchachos?

AdamBrittoncarraspeó,porquetemíasoltarungallo,despuésdeoirlatentac

—¿CuándosalimosparaLasVegas?

Las Vegas.

Capital mundial del juego.

Un fantástico oasis donde las apuestas van desde una moneda hasta límites sin

Se levanta sobre una meseta, en pleno desierto de Mojave, Nevada, con un sob

Los hoteles son completísimos casinos de juego.

Apenas se entra en ellos y se atraviesa el vestíbulo, las baterías de máquina tra

Durante las veinticuatro horas del día puede oírse el chasquido de las fichas, e

En las intermediaciones de un hotel, jamás hay tranquilidad. En Las Vegas, el silen

Pero en las suites del lujo con aire acondicionado del «Tropicana», la «Desert Inn»

«Sands», el «Flamingo», el «Sahara», el «Riviera», el «Thunderbird» y otros, lam

Cada hotel ofrece su propio espectáculo, compitiendo entre ellos en calid

Las girls de elevada estatura son muy populares en Las Vegas y todo espectáculo se

consideraría incompleto si no figurase en él por lo menos un adocenado de ellas.

Vista de noche desde un avión, Las Vegas parece un desierto lumbrante de oro

Adam Britton y Monty Stack, que no habían estado nunca en Las Vegas, se hall

Laura Spencer, que se hallaba sentada junto a Adam Britton, luciendo un precioso

vestido de noche, bordado en gasa amarilla, cuyo escote le daba casi hasta la cin

—Impresionante, ¿eh?

Adam Britton, quien al igual que Monty Stack, vestía elegante *smoking*, adquiri

tanilla y la miró.

Primero, al rostro.

Luego, un palmomás abajo.

Todavía miraba allí, cuando respondió:

—Sencillamentemaravilloso.

—
YomereferíaalaspectoqueofreceLasVegasdenoche,noaloquedejaasomarelo

—aclaróella,sinponersenerviosa.

Adamstosióylevantórápidamentelamirada.

—Yotambiénmereferíaaloqueseveporlaventanilla,Laura.

—¿Seguro?

—Ledoymipalabra.

—¿Puessabeunacosa?

—¿Qué?

—Medesilusionausted.

—¿Deveras?

—
Siempreresultahalagadorparaunamujereloírdeciraunhombrequeposeeunl

Adamsonrió.

—Puessiéntasehalagada,porqueconfiesoquemereferíaeso.

—Yalosabía.

—Estáustedfascinanteconesevestido,Laura.

—
Tampocoustedestámal,vestidodes*smoking*.Lesientacomoconfeccionadoal

—Esquetengomuybuenapercha.

—Vanidoso.

—¿Mecreerásiledigoqueeslaprimavezquemepongoun*smoking*?

—Quenosealaúltima,porqueestá muyguapo.

—¿Yyoqué?—

tercióMontyStack,girandolacabeza,porqueibaenlasientodedelante.

LauraSpencerlomiró-

—Ustedtambiénestáguapísimo, Monty.

Elrubioagrandópresuntuosamenteelpecho.

—
LaschicassevanarifarenLasVegas,yaloverá.AdamyLaurarieron.

Unpardeminutosdespués,elaviónaterrizaba.

Lospasajerossempezaronadescenderycaminaronhacialasoficinasdelaero

ComoelequipajedeLauraSpencer,AdamBrittonyMontyStackestabacomp

Salierondelaeropuerto,dondetampocofaltabanlashilerasdemáquinastra

—Al«Dyango»—indicóLauraalconductor.

Elvehículo sepusoenmovimiento,adentrándoseenelfamosoStrip,uncorto

Dedía,sinembargo,esunacallepolvorientaypálida.

Algunosminutosdespués,eltaxisedeteníafrenteal«Dyango»,unestablecimie

grandeymoderno,quenadateníaqueenvidiaralosmásfamososcasinosdeLasVegas.

LauraSpencerpagóalconductor,aquiendiounagenerosapropina,yella,ademásdeBrittonyMontyStacksalierondelvehículo.

Permanecieronquietoslostresunossegundos,contemplandolafachada.

—¿Quélesparece,muchachos?—

preguntóLaura,quienseapresuróaadvertir—:Yestaveznomiremiescote,Adam.

AdamBritton,sinapartarlavistadel«Dyango»,respondió:

—EsfantásticoLaura.

—Fabuloso—dijoMontyStack.

—Puesesperenaverlopordentro—

sonriólajoven.Penetraronlostresenelcasinoyatravesaronelvestíbulo.El

Lasmáquinastragaperrasfuncionabansindescanso.

Lashabíadetodaslasformasytamañosylosdistintosmodelostragabancualos

Susbrillanteslámparasdevivoscoloresirradiabancalorylomismosucedíacon

Tambiénlasmesasdejuegosehallabanaalcompleto,ylosimpertérritos*croupiers*sno

teníanunmomentodedescanso.

Laura,AdamyMontyteníanqueabrirsepasopocomenosqueacodazos.

Lajovencondujoasusreciénentrenadosguardaespaldasalasaladeatracción

Lasaladeatracciones,lógicamente,tambiénehallabarepletadepúblico.

—¿Lesgustaelespectáculo,muchachos?—

preguntóLauraSpencer,sonriendoconironía.

—¡Mucho!—respondióAdamBritton.

¡Lasjaponesitasestáncomopara...!Ay!—

gritóMontyStack,cuyohígadoacababadecomprobarladurezadelcododesuc

—Cuidadoconloquedices,Monty—

advirtióAdam,porlacomisuradelaboca.

—Yosóloibaadecirque...

—SéloqueibasadeciryLauraanolehubieragustado.

—Estábien,echarélacremallera—rezongóelrubio.

Permanecieronunosminutosenlasala,queeraatendidaporbellasmuchachos.

Cuandolasbailarinasdel«OrientalHolliday»finalizaronsuactuaciónysere

—Vamos,muchachos.

—¿Novaaactuarñadiemás,Laura...?—

preguntóMonty,quenoteníaganasdemarcharsedeallí

—Claroquevaaaactuar másgente.Lasatraccionesnoseinterrumpen

—respondiólajoven.

—

Entonces,quedémonos.Sientocuriosidadporsabercómoseráelsiguiente

—Monty, si Laura dice que tenemos que irnos, nosotros...

Lamuchachale interrumpió:

—No importa, Adam. Nos quedaremos un poco más.

—

¡Bien por Laura Spencer, la chica más amable y comprensiva de toda América!

—

aplaudió Monty, haciéndole ir al joven. Adam acabó riendo también.

Segundos después, el presentador de la sala apareció en el escenario y anunció:

Aunque el tipo, que lucía un impecable *smoking* de chaqueta brillante, no dijo nada para el empuje, mostraba casi totalmente sus opulentos senos y sus

Cuando las chicas se retiraron, balanceándose más que un barco en plena tormenta.

Yolandase dio un pase ítoporel escenario, como si paseara por el jardín de su casa.

Se inclinó y metió un dedo en la agua, para comprobar su temperatura.

—¡Huy, qué buena está!—

dijo, dándole un salto de niña de cuatro años.

—Tú sí que estás buena...—

murmuró Monty Stack, ganándose otro codazo en el hígado.

Huelga decir que se lo había propinado Adam Britton. Monty, tras ahogar un

—Perdón, se me escapó.

—

Procura que no se le escapen más cosas o se me escapará a mí un puño

—advirtió

Adam, congesto y severo.

El rubio echó de nuevo la cremallera.

En el escenario, la explosiva Yolanda se abrió la *negligé* y le dejó caer blandamente

Adam vio que Monty abrió la boca y preparó el puño pensando que iba a hacerle

Perón fue así.

En realidad, a Monty se le había abierto la boca sin darse cuenta.

La exuberante Yolanda se metió en la bañera y tomó un baño de espuma, mientras

—¿Qué le parece el número, Monty?—

preguntó Laura Spencer, con una maliciosa sonrisa.

—¡Magnífico!— respondió el rubio

—. Pero quedáramejor si apareciese alguien y le frotase la espalda al chico. Yo

—Hablaré con Yolanda, a ver si la convenzo— rió la joven.

—No hagacasos, Laura— rezongó Adam

—. Monty y yo estamos aquí para protegerla a usted, no para frotarle las espaldas

—Sólo era una broma, Adam...—carraspeó el rubio.

—Yal sé, Monty—dijo Laura—. Hale, vámonos.

—¿Sin esperar a ver cómo se seca...?

—

Otravez será, Monty. Quiero hacerles saber a Frank Preston que he llegado y que

—¿Quiénes Frank Preston?—preguntó Adam.

—

El gerente del «Dyango». Era la persona de confianza de mitío, subrazo derecho

—

informó Laura.

Frank Preston era un gerente joven. Treinta y tres años, tan sólo. Alrededor de
 Pelónegro. Facciones duras.
 También su carácter lo era.

Tenía que ser así para poder manejar a tantos empleados como reunía al año
 «Dyango».

Adiarios surgían problemas y había que actuar con energía, si se quería atajarlos.

En aquel momento, poco más de las diez de la noche, Frank Preston se hallaba en la

sección de contabilidad, instalada en el más remoto y seguro rincón del edificio.

Allí, sentados frente a sendas mesas, dos hombres estaban sacando el dinero de

Las cajaseran los receptáculos que había debajo de cada mesa y en el interior de

Enciertos momentos del día—

el juego no se interrumpía durante las veinticuatro horas

—, dichas cajaseran puestas a buen recaudo detrás de las rejass del departamento

De allí pasaban a la sección de contabilidad, donde el dinero, después de conta

Todas estas operaciones eran, obviamente, vigiladas por los detectives parti

El «Dyango», como la mayoría de los casinos, disponía además de un circuito de

De vez en cuando, el propio Frank Preston vigilaba personalmente la marcha

También lo había en el departamento de contabilidad.

Precisamente, al fijarse en ellos un instante, el gerente del «Dyango» descubri

Frank Preston se olvidó por completo de las operaciones que estaban realizando

Se fijó mejor en la que captaba la imagen de la muchacha rubia y sus dos

acompañantes.

Sí.

Nocabíaduda.

EraLauraSpencer,laherederadel«Dyango».

FrankPrestonsólolahabíavistounpardeveces,perolaúltimaestabademasi.

FueenelfuneraldeHowardLarken.Elgerenterezongóunaimpresión.

¿QuédiabloshacíaLauraSpencerallí?

¿Porquénolehabíaavisadodesullegada?

¿Yquiéneseranaquellostiposquelaacompañaban?

FrankPrestondecidióaveriguarloenseguidayabandonóla seccióndecontabil.

—SeñoritaSpencer...—dijo,comosietropezaracasualmenteconella.

—Hola, Frank. ¿Quétalestá?—

lesonrióamablementelamuchacha,ofreciéndolesumanita.

Elgerentedel«Dyango»lahizodesaparecerentrelasuya, anchayvelluda.

—Perfectamente, señoritaSpencer. ¿Yusted...?

—También.

—Mealegromucho.

—¿Cómomarchatodo?

—Bien;comosiempre.

—

Voyapresentarleaunosbuenosamigosmíos, Frank. AdamBrittonyMontyStac

—Esunplacerconocerles, muchachos—dijo, disimulandoperfectamentela

contrariedadquelehabíaproducidolallegadadelanuevadueñadel«Dyango».

—Lomismodigo, Frank—repusoAdam.

—Sí, tambiénparanosotroresunplacer—

sonrióMonty. PrestonmiróalasobrinadeHowardLarken.

—¿Porquéno meanunciósullegada, señoritaSpencer?

Hubieraidopersonalmentearecibirlaalaeropuerto...

—Poresoprecisamentenoleavisé, Frank—

respondióella. Elrostrodelgerentededenotódesconcierto.

—Noentiendo, señoritaSpencer.

—

Séqueustedestásiempremuyocupadoymuchomásahora, quetíoHowardnoe

—elsemblantedeLauraseensombrecióligeramente.

—Oh, fueporeso.

—

Sí;noqueríaquedesatendiera elcasinopormí. Además, tampocoeranecesario

FrankPrestonpestañeó.

—¿Cincomaletasydosbaúles...?—

murmuró.LauraSpencercomunicó:

—
Hevenido a quedarme, Frank. No pienso vender el «Dyango», voy a conservarlo.
Elger te pareció que darsin habla. Laura sonrió.

—¿Les sorprende a usted, Frank...?

—Sinceramente, sí—respondió él

—Después de lo que le sucedió a usted, yo pensó que...

—Queme a sustar y a lo vendería, ¿verdad?

—Sí, eso fue lo que pensé.

—
Puede sucedir todo lo contrario, y ave. Basta que me diera un acobardamiento a usted.

—Su actitud es digna de elogio, señorita Spencer, pero...

—No me ponga peros, Frank, o no le subirá el sueldo—

bromeó Laura. Elger te pareció que contaría de la graciosa risa de la muchacha.

—
No crea que me molesta tener que recibir órdenes de una mujer tan joven. Si trata

—Notema, Frank. Adam y Monty cuidarán de que no ocurra nada—repuso ella.

Preston miró a la pareja de elegantes guardaespaldas.

—Deseo que no tengan motivos para intervenir, señorita Spencer.

—Ojalá—dijo Laura.

—¿Le acompaño a sus habitaciones, señorita Spencer?

—Sí, por favor. Y mande a alguien a recoger nuestros equipajes.

—¿Tiene los resguardos?

—Sí, aquí están—Laura se extrañó de que él se los entregara algerente.

—
Dentro de unos minutos los tendrán en sus habitaciones. No se preocupen. Síganme.

Laura, Adam y Monty acompañaron a Preston.

Instantes después, éste les destinó tres de las mejores habitaciones.

El «Dyango» no era hotel, sólo casino, pero disponía de un buen número de habitaciones.
Para un par de horas y pagando bien, el «Dyango» sí ofrecía habitaciones.

Frank Preston dejó a Laura Spencer, Adam Britton y Monty Stack, diciendo:

—Vaya a ordenar que vayan a retirarse sus equipajes, señorita Spencer.

—Gracias, Frank.

Elger te desapareció.

Laura, Adam y Monty entraron en la habitación destinada a la nueva propietaria.

«Dyango», que constaba de sala de estar, dormitorio y cuarto de baño.

En la sala de estar, además de un largo sofá y dos comodísimos butacones, había

—Yo me encargo de preparar las bebidas—

dijo Monty, yendo hacia el bien surtido bar.

Laura y Adams se sentaron en el sofá.

Unpardeminutosdespués,yacadaqualconsucopaenlasmanos,LauraSpencer

—¿QuéimpresiónleshacausadoFrankPreston?

—Noparecemaltipo—opinóAdam.

—¿Monty...?

Elrubio,quesehabíaacomodadoenunodelosbutacones,seencogiódehombros.

—
Megustaríapoderdecirlomismo,Laura,perolaverdadesqueamínomehacáid

—¿Porqué?

—Bueno,nosabríadecirlo.

—Mitíoleapreciabamucho.

—¿Yusted,Laura?—preguntóAdam.

—Yoapenaslehetratado.

—¿Confíaenél?

Lajovenmoviólevementelacabeza.

—
Enlascircunstanciasactuales,nopuedoconfiarennadie.Exceptuándolesaust

—EsaslaverdaderarazóndequenoleanunciaraaFrankPrestonnuestrallegada.

¿Meequivoco?

—
No,noseequivoca,Adam.Noqueríaquenadiesupiesequellegabaycuándolleg

—Hizobien,Laura—

aprobóMonty,ybebióunsorbodelicor.Adamtambiénsellejólacopaalos

Monty,traschasquearalengua,sonrióy dijo:

—Excelentewhisky,¿eh,Adam?

—Inmejorable—asintióBritton

—.Comotodolodel«Dyango».Elrubioleguiñópícaramenteelojo.

—¿EstáspensandoenYolandaRoss...?

—No.

—Puesyosí—rióMontyyseatizóotrotrago.

—MontysiguedeseandofrotarlelaespaldaaYolanda—
adivinóLaura.

«Yloqueno es la espalda»,pensóMonty,aunque se guardómuchodedecirlo.

Algunosminutosdespués,llamabanalpuerta.

—Debenserlosequipajes—dijoLaura.

—Yoabriré—

dijoAdam,dejandosucopasobre lapequeñamesaquehabíadelantedelsofá.

Selevantóycaminóhacialapuerta.

Tranquilo yconfiado.

Unerror,porquenoeranlosequipajes.Adamabriólapuerta.

Entróunpuño.

Unpuño grande yduro comolapiedraquegolpeóensumandíbulay loderribó

Eldueño de aquella especie de martillo pilón que acababa de percutir en el ma-
 Y no fue el único.
 Otros dos individuos entraron tras él. Lostres eran altos.
 Recios. Musculosos.
 Y tenían unas caras...
 El último en entrar cerró la puerta. Con el pie.
 Arreándole fuerte.
 Casi la desentaja, el muy bestia.

Laura Spencer, cuya copale había resbalado de las manos al ver rodar a Adam,
 —¡Aellos, Monty!
 Monty Stack sintió un ligero complejo de perro. Pero no se molestó.
 Incluso lo encontró gracioso.
 Tan gracioso, que lanzó un ladrido y salió al encuentro de los matones, advi-
 —¡Cuidado, chicos, que me uerdó! ¡Y no estoy vacunado!
 —Toma, rubio, prueba este anestésico especial para chuchos—
 sonrió fríamente el tipo que golpeó a Adam y disparó de nuevo su mazda gran-
 Monty burló el obús y respondió con un seco trallazo al mentón del fulano.
 Se escuchó unchasquido y el matón salió catapultado, chocando violentame-
 Como éstos no les esperaban, se vinieron abajo los tres. Monty lanzó un car-
 —¡Eh, Adam, me has salido una carambola perfecta!—
 dijo, girando la cabeza un instante.

Adam Britton, todavía en el suelo, porque el castañazo de puños de piedra le ha-
 —Queno escapan, Monty.
 —¡Descuida!

¡Al primero que intente abrir la puerta, le desha golaman de una patada!

—

repuso el rubio y preparó la pierna, como si fuera un futbolista y se dispusiera a lanzar-
 Los matones se pusieron en pie, mascullando palabrotas. Ninguno de ellos
 No habían ido allí para salir corriendo al recibir el primer puñetazo, sino para
 Laura Spencer, que se había subido al sofá, como para presenciar mejor la pa-
 —¡Arriba, Adam! ¡Tiene que ayudara Monty!
 —Tranquila, Laura. Son los otros los que necesitan ayuda—
 repuso socarronamente

Adamyseirguió.

Montyyaestabarepartiendoestopa.Conelmejordelosestilos.

ParecíaCassiusClay,pintadodeblanco.

Adamleechóunamano.

Bueno,loqueenrealidadechófueunpuño.Y,enseguida,elotro.

Comoelprimeroencontróensutrayectorialacaradeltipoquepocosminutos

Peromásflojosselequedaronlosdientes,cuandoAdamlodesencogióconun

Yaúnrecibióotrogolpe.Este,enelpómulo.

Elmatónsederrumbó.

Losotrosdossujetosbesabanelosuelocasialmismotiempoquesucompañero

LauraSpencersepusoaplaudir.

—¡Bravo,bravo,bravísimo!

AdamBrittonsevolvióhaciaella.

—Eh,Monty.

—¿Qué?

—¿EstamosenuncasinodeLasVegasoenlaScaladeMilán?

MontyStackrióelchistedesuamigo.

Losmatones,no.

Ellosnoestabanparachistes.

Rabiososporelfracasoqueestabanteniendoenaquellaocasión,nuncaantes

Erasuobligación,además.FueronhaciaAdamyMonty.Conlosdientesap

AdamyMontyloesperaron.

Tranquilamente.

Comoquienesperaalaautobús.

Seprodujoelnuevoenfrentamiento.Chasquidos...

Estómagosencogidos...

Hígadosmachacados...Piernasflojas...

Dientessueltos...

Unpardeminutosdespués,lostresmatonesyacíandenuuevoenelsuelo.Ya

Ahoraparecíanmuertos.

Pero eran unos muertos muy peligrosos.

Adam y Monty pudieron comprobarlo al ver que los tres, casi al mismo tiempo

—¡Cuidado, Monty!— gritó Adam, adivinando lo que iba a suceder.

Mientras advertía a su compañero, Adam movió velozmente su mano y extra

Monty extrajo el suyo.

Ambas armas eran obsequio del teniente Malone, así como las respectivas

—¡Al suelo, Laura!—

rugió Adam, temiendo que la muchacha fue se alcanzada por alguna de las balas

Laura Spencer dejó de dar palmas y delanzar bravos a estilo italiano, di un

Desde allí escuchó los disparos.

Per o sólo los que efectuaron Adam y Monty.

Las armas de los matones iban provistas de silenciador. Laura también escuchó

Alaridos de muerte...

Lajo venise estremeció tras el sofá, al pensar que alguno de aquellos angustiosos

Pidió al cielo que no fuera así.

Porellos, que eran muy simpáticos y agradables, y por ella.

Sí, porque si Adam y Monty eran eliminados por los matones, ella lo sería tam

De pronto, cesaron los disparos.

Y los gritos de dolor.

Y los aullidos de muerte...

Laura Spencer dejó de respirar.

Y hasta le pareció que su corazón dejaba de latir. Asomó ligeramente la cabeza

En el suelo.

Tendidos de bruces. Inmóviles...

Los tres matones también yacían en el suelo. Desmayados.

Ensangrentados...

Esa era la diferencia.

La importancia de la diferencia.

Adam y Monty habían salido ileso del tiroteo y continuaban en el suelo por su

El rubio murmuró:

—Metemo que acabamos de perder cien mil dólares, Adam...

—Sí, yotambién—suspiróBritton—. Lostipostienencarademuertos.
—Eransusvidasolasnuestras.

—
Poresonomedisgustahaberperdidoloscienmildólaresderecompensa. Nuestra
—Estoydeacuerdo.

AdamyMontyseincorporaron.

ElprimerosevolvióhaciaLauraSpencer.

—¿Seencuentrabien.Laura?

—Sí—respondiódébilmentelajoven, muypálida—. ¿Yustedes...?

—Sinunrasguño.

—Cuantomaelegro.

Enaquelmomento, seabriólapuertayFrankPrestonirrumpióenlahabitación,

Treshombresleacompañaban, igualmentearmados.

Erandetectivesdelcasino.

Elgerentedel«Dyango»echóunamiradaaloscadáveresdelosmatones.

—¿Quéhapasadoaquí?—interrogó.

—¿Noseloimagina, Frank?—

dijoLauraSpencer, saliendodedetrásdelsofá. Prestonlamiró.

—¿Intentaron...asesinarla?

—
Sí, creoqueaesovinieronlostipos. PelearonconAdamyMontyyalverquenopo

FrankPrestonexhalóunsuspiro.

—Sospechabaquesucederíaalgoasí.

—Yotambién, Frank. Peronotanpronto.

—
Sí, essorprendentelorápidoquehacorridolanoticiadesullegada, señorita
Spencer.

—Demasiado.

—
Debíahaberalguienvigilandoelaeropuerto, lavio, y... Enfin, habráquella

—Hágalo, Frank.

—Sí, ahoramismo—respondióelgerente—. Vamos, muchachos—
indicóalosdetectives.

Loscuatrohombressalierondelahabitación.

AdamBrittonyMontyStackguardaronsusrevólveres, loscualeshabíanreca

Elprimerodijo:

—
Lamentoquenohayamospodidoatraparvivosalostipos, Laura. Seguroquefue

—Claroquefueronellos. Poresonosientosumuerte—
respondiólajoven.

—
Perosefueronalinfiernosinconfesarelnombredelapersonaquelesordenógolp
—observóMonty.

—
Esonomepreocupademasiado. Seaquiensea, noseconformaráconelfrac

losmatonesenviadosporélymandaráaotros.Talvez tengamosmássuertecone

—Yomeatreverlaadarunnombre—dijoMonty.

—¿FrankPreston...?—adivinóLaura.Montyasintióconlacabeza.

Laurasacudiólasuya.

—

Yotambiénlohepensado,peroseríaabsurdo.Elnohehizoofertaalguna
«Dyango».Nopodríahacerla,notienesuficientediner.

—

Peropuedeteneramigosconmuchapasta,interesadosenadquirirel«Dya

Adampreguntó:

—¿PorquésospechasdeFrankPreston,Monty?

—

Tienecaradeambicioso.Ynopuedoolvidarqueestosmatonesaparecieronpoc

—

Prestondijoqueseguramentehabíaalguienvigilandoelaeropuertoyesposible

—repusoAdam.

—Sí,nodigoqueno.Peroyosigopensandoqueélenvióalosmatones.Eltempodirá
sitengorazónoestoyequivocado.

Algunos minutos después, el comisario McCain, acompañado de varios agentes. Aunque ya había sido informado del suceso por Frank Preston, McCain, un

Lajo venlo hizo.

Mientras tanto, los hombres del comisario registraron los bolsillos de los

Nilounonilootros sorprendió al comisario McCain. Yaloesperaba.

—Una pena que los tres hayan muerto—rezongó

—. Si al menos uno de ellos hubiese resultado solamente herido, le habríamos hecho, ¿

—La misma persona que les ordenó matar a los pesamitios—

dijo Laura.

—Lo más probable—cabeceó McCain.

Instantes después, los tres cadáveres eran retirados por los camilleros. Ant

—
Tengacuidado, señorita Spencer. Es probable que alguien intente lo que los tipos

—
Losé. Pero no tengo miedo, comisario. Adam Britton y Monty Stack, como prote

McCain los miró a los dos y sonrió levemente.

—Su eficacia ha quedado demostrada, sí.

—Son extraordinarios—

sonrió Laura, orgullosa de sus guardaespaldas. Adam y Monty se sintieron profu

El comisario McCain se despidió y ellos y sus hombres abandonaron la habitación. L

—Lo que pajes ya está aquí, señorita Spencer. ¿Ordeno que los suban?

—Sí, Frank.

El gerente salió de la habitación.

Unos minutos después, las cinco maletas y los dos baúles se hallaban a disposición

Laura, Adam y Monty.

—¿Algún cosa más, señorita Spencer?—preguntó Preston.

—Nada, Frank.

—
Si me necesita para algo, no tiene más que descolgar el teléfono y pedir que lo co

—Gracias, Frank.

—Siento mucho lo que ha pasado, señorita Spencer.

—Losé.

El gerente abandonó la habitación.

—Prepararé unos tragos—dijo Monty—. A los tres nos vendrá bien.

—Desdeluego—

asintió Adam, yendo hacia la puerta, cuya llave hizo girar, para evitar sorpresas. Luego, caminó hacia la puerta que quedaba al terrazo. La cruzó.

La terraza era amplia, preciosa. Laura también salió a ella.

—¿Qué hace, Adam?

—Estudiar el terreno.

—¿Teme que pueda sorprendernos por aquí?

—

A esta terraza se puede saltar fácilmente desde las dos contiguas, las de la habitación.

—Y que usted se novan a utilizar. Adam lo miró.

—¿No?

—No.

—¿Nisi quiere de noche?

—Nisi quiere de noche,

—¿Y dónde vamos a dormir?

—En la mía.

Monty, que le llegaba en aquel momento con las bebidas, se quedó parado y preguntó:

—¿Cabremos los tres en la cama? Laura se volvió hacia él.

—Los cuatro.

—¿Cuatro...?—parpadeó el rubio.

—

Lamaré a Yolanda Ross, ya si seremos dos parejas. A Monty casi se le cayeron las

—¡Yolanda Ross! ¡Hadicho que va a llamar a Yolanda Ross, Adam—
exclamó, eufórico.

—¿Y noté de la cuenta de que está bromeando, pedazo de melón?—

gruñó Britton. El desencanto se reflejó en el simpático rostro de Monty Stack.

—¿No es verdad, Laura?—murmuró. La joven rió.

—No, Monty, lo siento. Amén o me va eso del intercambio de parejas.

—¿Y quién le ha pedido que cambie?

Usted se queda con Adam todo el tiempo, y yo haré lo propio con Yolanda.

Adam lo miró ceñudamente.

—

Dejad de decir tonterías o te sacudo en las narices, Monty. Laura lo cogió del brazo

—No se enfade, Adam.

—Quiero que Monty le tenga más respeto.

—No me han molestado sus palabras. Monty carraspeó.

—No era mi intención ofenderla, Laura.

—Y así es, Monty—le sonrió encantadoramente la joven.

—Vengas a copar y celebre mos el primer fracaso de la persona que quiere el

Uninstante después, brindaban los tres por ello.

Lascincomaletasy los dos baúlesyahabían sido abiertosy trasladadosu conte

Dichatarea leshabíallevado bastantes minutos. Al concluir la, Laura Spen

—Creoque voy adarme un baño, muchachos.

—Excelente idea—sonrió Adam.

—Nose me vaya, ¿eh, Monty?

Alomejor lollamopara quemefrotela espalda. El rubio respingó.

—Bromea otravez, ¿verdad, Adams?—preguntóasu compañero.

—¿Tú qué crees?—

repuso Britton, con ironía. Monty lanzó un suspiro.

—Qué pena...

Laurarió cantar inamente y se introdujo en el cuartode baño, sobrecuyapuer

Estecomentó:

—Unachica estupenda, ¿eh, Adam?

—Maravillosa, en todos los sentidos—respondió Britton.

—Tú le gustas.

—Más me gusta ella amí pero no quiero hacerme ilusiones.

—¿Por qué?

—

Es dueña de un casino que vale millonesy yo no tengo donde caerme muerto

—

Apostaría lo que tengo de hombre a que Laura no es de esas. Si llegara a enamorar

—Porsiacaso, prefiero no pensaren ello.

—Piensa en Yolanda Ross, entonces.

—

Qué perra ha cogido con Yolanda. Monty cerró los ojos soñadoramente.

—

Mela imaginosa liendodela bañera, toda cubierta de espuma... No, mejor si nes

Adam rió.

—Estás como una regadera.

—Yella está como un yate. Lo quedará y opor...

Monty no pudo acabar de decir por qué lo daría, pues en aquel momento sonó

—Llaman, Adam.

—Sí, esoparece.

—¿Quién será?

—Vamos averlo—indicó Adam, sacandosu revólver,

Montysacóelsuyo.

Salieron los dos del dormitorio, cruzaron la sala de estar, y se situaron junto al
—¿Quiénes?—preguntó Adam.

—Yolanda Ross—respondió una voz femenina.

A Monty Stackles saltó la pistola del mano, del respingo tan exagerado que dio.

Adam Britton anduvo listo y la cazó al vuelo con su zurda, cuando yael rubio ex

—¡Yolanda! ¡Es Yolanda, Adam!

—Abre, mano, jodidos nervios—

indicó Adam, devolviéndole el arma. Monty se la guardó con rapidez y abrió la p

Se quedó mirando como un idiota a la escultura de cabello rubio platino, que c

Yolanda Ross se coló en la habitación, sin que nadie la invitase a entrar y ella misma

cerró la puerta.

—¿Dónde está Laura Spencer?—preguntó, visiblemente nerviosa.

—Se está bañando—respondió Adam, que seguía con la 38 en la diestra.

—Tengo que hablar con ella enseguida.

—¿Tan argenteos...?

Yolanda Ross dejó caer la bomba:

—Sé quién envió a los tipos que mataron a golpes a Howard Larken.

AdamBrittonyMontyStackcambiaronunamirada.

Elprimero,sindecirnada,cerrólapuertaconllaveydevolviósupistolaalafun

—Díganosunombre,Yolanda—rogó.

—¿Eldeltipoqueenvióalosmatones?

—Sí.

Larubiaplatinomoviólacabezaensentidonegativo.

—SóloselodiréaLauraSpencer.

—Nosotrossomosusprotectores.

—Yalósé.

—¿Yporquénosefiadenosotros?

—Noesquenomefie,muchachos—sonrióporprimeravezlaartista

—.PeroquieroverlacaraqueponelasobrinadeHowardLarkencuandooigaeln

—Estábien,voyaavisarla.QuédadetúconYolanda,Monty—

dijoAdamypenetróeneldormitorio.

Loatravesóconpasolargoyllamóalapuertadelbañoconlosnudillos.

—¿Laura...?

—¿Quéocurre,Adam?—preguntóla joven,desdeelotrolado.

—Salgaenseguida,Laura.

—Prefieroqueentreusted.

—¿Cómo?—respingóligegramenteAdam.

—Elcerrojo noestáechado.Adamtitubeó.

Peroapenastresocuatrosegundos.AdivinabaqueLaurasehallabaenlaba

Latentacióneratangrandequeseolvidómomentáneamente deYolandaRos

MiróaLauraSpencer.Sí.

Sehallabaenlabañera.Desnuda...

Laura,pudorosamente,manteníalosbrazoscruzadosobresupecho,oculta

Como,además,teníalasrodillaslevantadas,tocándolecasielbusto,nofuemucho

queAdam pudover,pesealatransparenciadelagua.

Detodosmodos,Adammiró,porqueloquequedabaalavistatambiénvalía

—¿Porquéquierequeinterrumpamíbaño,Adam?

—Tienevisita,Laura.

—¿Visita...?

—Yolanda Ross.

Lajoven se echó a reír.

—Déjese de bromas, Adam.

—No estoy bromeando, Laura. La muchacha cortó surisa.

—¿De veras está ahilarubiadelbañodeespuma...?

—Sí.

—¿Y qué es lo que quiere?

—Dice que sabe quié nenvióalosmatonesqueasesinaronasutío.

Fue tallaimpresión queen Laura Spencer causaron las palabras de Adam Britton.

Unos pechos jóvenes, plenos, agresivos, demaravillosa aureola rosada y

Como las piernastambiense habían quedado de flojas, los pies le resbalaron y bajó las

rodillasy Adam pudo contemplar entonces la apenase existente curvadesu vientre

El espectáculo desdeluego, era como para contraerapiar lohorasyhorassincansarse,

pero Adam Britton se contentó conecharunarápida ojeada a todo, porqueno quise

Atrapó latoalladebaño y la extendió, amodode pantalla, entre él y la paraliza

—Salgade ahí y séquese—indicó, trasuncarraspeo.

Laura Spencer se irguió lentamente y salió delabañera, permitiendo que Ada

—¿La secopordetrás?—seofreció él.

—Sí, por favor—

asintió ella, quedamente, porque seguía impresionada.

Adam le frotó la espalda, las caderas, las firmes nalgasy los muslos, todo ello por

Mientras tanto, Laura se secó por delante.

—¿Quiere labata?—preguntó Adam,

—Sí, gracias—respondió ella.

Adam la tomó y la abrió, acercándose la por detrás a la muchacha.

Laura dejó caer latoalladebaño al suelo y se enfundó labata, cuyocinturón se

—Es usted un caballero, Adam—dijo, sonriendo con suavidad.

—¿Pensó que iba a aprovecharme de usted, con la excusa del secado?

—Si hubiera pensado eso, no lo habría permitido.

—Buena respuesta—

sonrió también Adam. Laura compuso un gracioso mohín con los labios.

—Mehavisto completamente desnuda, Adam,..

—Si entono habercerrado los ojos.

—Eso no es precisamente un piropo...

—

Tienera zón, no debí decir que lo siento. Entre otras cosas, porqueno es verdad qu

losiento—confesó

Adam—.Megustótodo loquevi,aunque lovierafugazmente.

LosojosdeLauraSpenceracusaronlagalantería,brillandodeunmodoesp

—

SinofueraporqueYolandaRossmeestáesperando,lepedirlaquemedieraunbe

—Bueno,porquees pereunos minutosmás...—

repusoél,enlazándolaporlacinturayatrayéndolahaciasí,besandoseguidame

él.

—Tardamuchoen salir, ¿no?—dijo Yolanda Ross.

—¿Quién?—

preguntó Monty Stack, que no apartaba los ojos de la excepcional anatomía del arubi.

—Laura Spencer.

—Se estaba bañando, y así le dijo Adam.

—De una bañera se puede salir en dos segundos.

—Usted tardó bastante más en meterse en la suya.

—¿Cómo?

—Presenció un número—sonrió Monty.

—¿Ah, sí...? ¿Y le gustó?

—

La entrada en la bañera le encantó. De la salida, lamentablemente, no pudo opinar. Yolanda Ross sonrió con malicia.

—Seperdió lo mejor, Monty.

—¿De veras?

—El final del número es terriblemente excitante.

—Nos íbamos hablando, que empiezo a notar la boca seca. La artista rió.

—Qué simpático es usted, Monty.

—

Y usted qué hermosa. Jamás había contemplado un cuerpo tan tentador como el suyo.

—Eso merece un beso, Monty—

dijo Yolanda, y acercó sus sensuales labios a los de

Monty. Él sintió sobre los suyos. Carnosos.

Avidos. Calientes...

Una especie de corriente eléctrica a través de él. El músculo de su cuerpo se contrajo, y éste,

quieto hasta entonces, entró en acción.

Primero, cercó la delgadacintura de la artista y la obligó a pegarse a él como un
Un ardor casi salvaje.

Pero Yolanda Ross no puso objeciones.

Ella, en el campo amoroso, también era bastante salvaje y disfrutaba mucho.

De ahí que se apresurara a ceñir con sus brazos el robusto cuello de Monty Stack.

Para Monty, aquello fue como recibir carta blanca del rubí platino y yanotó.

Yolanda dejó que se los acariciara, que se los apretujara, que pellizcara sus pe-

Cualquiera sabe cómo hubiera acabado aquello, de no haber ocurrido lo que
Y lo que ocurrió fue que una bala a través sólo limpiamente el cristal de la puerta de

MontyyYolandasepararonsusbocasal instante.

—¡Nosdisparan!—gritóelrubio.

—¡Quierenliquidarme,paraquenodigaquién...!

Laartistanopudoseguirhablando.

No,nofueporqueunasegundabalalahubiesealcanzadoyacabadoconsuvida.

—¡Arrastrémonoshaciaesebutacón,Yolanda!—

indicóMonty,queyateníasurevólverenladiestra.

Laartistaavanzóconrapidez haciaallí,apoyándoseconloscodosylasrodillas.

Monty,quesearrastrabatrasella,lepusolamanosobrelagrupayempujóhaciaella.

—¡Noesmomentoparatocarmeelculo,Monty!—

protestóella,quesehabíaespachurradoalrecibirelempujón.

—¿Quiéntetocaelculo?

¡Loqueintentoesevitarqueteloperforendeunbalazo!

¡Lolevantasedemasiado!

—¡Seráporquélotengogrande!

—¡Puesencógelo,malditasea!

—¡Eltraseronoeselestómag,Monty!

—¡Arrástratealoindio!

—Dameunaplumaroja,aversiasí...

—

¡Toma,estoesloquetevoyadar,cadavezqueempineselpandero!

—barbotó

Montyylearreóunbuenpellizcoenlanalgaderecha.

—¡Ay!—gritóYolanda.

—¡Muévete!

—¡Eresunbruto,Monty!

—¡Quetemuevashedicho!—

gritóelrubio,ylearreóotropellizco,ésteenlanalgazurda.

YolandaRosddiounchillidoysedisparóhaciaelbutacónconelmejorestiloaparte.

Alcanzaronlaproteccióndelabutaca.

Eltiradornohabíaefectuadomásdisparos.

Sinduda,alverquehabíaerradoelprimeroyqueMontyyYolandasearrojabanvuelando.

Pero,porsinoeraasí,Monty dijo:

—Notemuevasdeaquí,Yolanda.

—¿Adóndevas?—preguntóella,

—

TengoqueavisaraAdamyLaura.Eldormitoriotambiéntieneunapuertaquedada.

—

Medisparóamí,Monty.FrankPrestondebióvermeentrarenestahabitacióny

ordenóaalguienquemecerraralabocaparasiempre.

—¿FrankPreston...?—repitióMonty,entornandosojos.

—Sí,élfuequienenvióalostiposqueasesinaronaHowardLarken—
informóYolanda

—,Debesospecharqueyoséalgoyporesoquieredeshacersedemí,elmuybasta
MontyStackibaadeciralgo,cuandooyólavozdeAdamBritton:

—¿Quédiabloshacéislosdosenelsuelo,Monty...?Elrubiorespingó.

—¡Alsuelo,Adam!¡Hayuntiradorapostadoeneledificiodeenfrente!

¡O,porlomenos,lohabíahaceuninstante!

AdamBrittonempujóaLauraSpenceryambosquedarontendidosenelsuelo.

—¡Protegeostraselsofá!—

indicóMonty.AdamyLaurasearrastraronhaciaallí.YolandaBossrezongó:

—¿Tedascuenta,Monty?

LauratambiénlevantaeltraseroyAdamnolearrearaningúnpellizco.

—Porquenotieneconfianzaconella.

—¿Ytúsílatienesconmigo?

—Escomositeconocieradetodalavida—sonrióMonty.

—Quépedazodebribóneres—

sonrió tambiénYolanda.AdamyLauraalcanzaronelsofá.

Elprimero,quehabíaextraídoyasurevólver,inquirió:

—¿Quéhapasado,Monty?

—
Alguienintentó cargarseaYolanda.Porsuerte,falló.Aunque labalasilbómuyco

Adammiróalaartista.

—¿SabíaalguienqueibaavenirustedahablarconLaura,Yolanda?

—No;perodebieronverme—respondióella.

—
Quisieron impedirquedijeraaLauraquiénmandóalos.tresmatonesqueasesin
¿verdad?

—Asíes,

—¿Quiénfue,Yolanda?—

inquirióLauraSpencer,ansiosaporsaberlo.

—Noselovaacreer.

—Sí,síqueseleocreará—dijoMonty.Larubiaplatinoreveló:

—FueFrankPreston.

—FrankPreston...—repitióapagadamenteLaura.

—¿Acasosospechabadeél?—preguntóYolanda.

—Yosísospechaba—dijoMonty

—.AdamyLaura,sinembargo,seresistíanaadmitirlo.

—¿Cómosabequefueél,Yolanda?—

preguntóLaura.Laartistaexplicó:

—
Yoeralaamantedesutío,Laura,yeso,lógicamente,mepermitióenterarmeden

«Dyango». Hacían continuas y tentadoras ofertas a Howard Larken, pero ellas re-
namente en Frank Preston. Pocos días después. Howard Larken era hallado mu-
to.

Hubo silencio.

Adam Britton preguntó:

—¿Le contó todo eso al comisario McCain, Yolanda?

—No.

—¿Por qué?

—

Tuve miedo. Además, Howard Larken ya estaba muerto, de nada le serviría a él que

—se estremeciera el artista.

—Notema, Yolanda, Nosotros lo protegeremos—dijo Adam.

—¿Día y noche, como a Laura?—preguntó ella.

—Sobre todo, de noche—

sonrió astutamente Monty, poniéndole la mano sobre la rodilla, que asomaba por

—Yolanda, mientras miraba al rubio, dijo:

—¿Sabes que tiene unos guardaespaldas muy atrevidos, Laura?

—Y muy efectivos—

sonrió la dueña del «Dyango». Yolanda desvió la mirada hacia ella.

—¿Puedo quedarme aquí, en esta habitación, con usted?

—Desde luego—asintió Laura

—, A Adam y Monty les será más fácil protegernos si estamos juntas.

—

Gracias, Laura. Ahora yamesintomástranquila. Adam miró hacia la puerta

—No hay más disparos, Monty.

—El tirador debe de haberse largado—dedujo el rubio.

—Porsiacaso, cerraremos las puertas de madera.

—Buena idea

—Tengancuidado, Adam—rogó Laura.

—Sí, por favor—

dijo Yolanda, apretando la mano de Monty, que seguía sobre su rodilla.

—Nose preocupen—sonrió ligeramente Adam.

—Connosotros no hay quien pueda, tenemos una potra que...—
dijo Monty.

—Vamos, Monty—indicó Adam.

—Sí.

Serpentearon los dos hacia la puerta y la cerraron, sin que les disparasen por las puertas de madera.

Lauray Yolanda se incorporaron también, más tranquilas.

—Cerremos la del dormitorio, Monty—indicó Adam.

—Sí, vamos.

Fueron al dormitorio y, con toda precaución, también, cerraron las puertas de

Lauray Yolanda se habían sentado en el sofá.

Monty, que le había tomado gusto al magnífico bar, se metió tras él, diciendo

—Whisky para todos, ¿no?

Adam, Lauray Yolanda respondieron afirmativamente.

Mientras Monty escanciaba el licor en las copas, Laura Spencer preguntó:

—¿Qué vamos a hacer, Adam?

Este, que se había sentado en un butacón, se tomó unos segundos antes de re-

Yolanda tiene razón, Laura. No existe la menor prueba de que Frank Preston env

—¿No es una prueba que hayan intentado asesinar a Yolanda?

Es una muestra que sus sospechas son ciertas.

Adam movió negativamente la cabeza.

Nos iré para detener a Hagmany Preston, sólo para sospechar de ellos.

—¿Entonces...?

Debemos esperar hasta tener en nuestras manos las pruebas necesarias. Y sospe

Laura suspiró.

—De acuerdo, esperaremos.

Monty se acercó con las cuatro copas, en las que también había echado unos cu

—Aquí llega el barman, señores—

dijo, entregando cada cual su copa.

—¿Por qué brindamos esta vez?—preguntó Laura Spencer.

—Por la noche, ita que nos espera—

propuso picaramente Monty, repasando con la mirada a Yolanda Ross.

—Sólo hay una cama. Monty—recordó Laura.

—No importa. Yolanda y yo dormiremos en el sofá.

—Sies para dormir, no cuentes conmigo—
repuso de scaradamentela artista.

—¡Y nos llamó a trevidosanosotros, Adam!—

exclamó el rubio, riendo con fuerza. Adam, Lauray Yolanda unieron sus risas ala

Frank Preston se hallaba en su despacho. Sentado en su sillón.

No hacían nada.

Sólo pensaba.

En Laura Spencer.

La nueva dueña del «Dyango». Y allevaba algunos minutos así. De pronto, ll

El gerente pareció volver a la realidad.

—Adelante—autorizó.

La puerta se abrió y Tom Wallis, el tipo que presentaba a los artistas en la sala de

—Perdone que le moleste, señor Preston—

dijo, al descubrir el gesto de mal humor del gerente.

—¿Qué sucede, Tom?

—Yolanda Ross ha desaparecido.

—¿Qué?

—

Se aproximaba la hora de su nueva actuación y fue a su camerino, a avisarla, pero no

—Habrás subido a su habitación.

—Es opense y operotampoco está allí.

—¿Lo has comprobado?

—Sí, vengo de su habitación. Frank Preston quedó pensativo.

—¿Qué ha podido pasar, señor Preston?

—Creo que ya lo sé, Tom.

—¿De veras?

—Vuelve a la sala de atracciones. Yo me encargo de encontrar a Yolanda.

—Muy bien, señor Preston, Tom Wallis salió del despacho.

Frank Preston permaneció unos diez segundos más sentado. Después, se puso en pie.

Pulsó el timbre.

Algunos segundos después, oyó la voz de Adam Britton:

—¿Quiénes?

—Frank Preston.

Transcurrieron algunos segundos más.

Luego, la puerta se abrió un palmo escasa y Adam Britton se dejó ver, pisando

Esto último pareció molestar al gerente.

—¿Noreconoció mi voz, Adam?

—Sí, enseguida.

—¿Por qué no guardas la pistola, entonces? Adam Britton vaciló. Finalmente, devolvió el arma a la funda y abrió la puerta deparenpar.

—Pase, Frank.

El gerente entró en la habitación.

Adam cerró la puerta y le dio la vuelta a la llave.

Al ver que Preston miraba a Monty con el ceño fruncido, indicó:

—Guarda la pistola, Monty.

El rubio titubeó, pero acabó obedeciendo a su compañero. Frank Preston giró la

—Sediría que desconfiando de mí, Adam...

—Y no se equivoca, Frank—respondió Britton.

El gerente miró con demasiada simpatía a Yolanda Ross, que se hallaba de

Antes de abrir, Adam le había indicado a las dos que se situasen allí, por si se pre-

—¿Qué le has dicho, Yolanda?—

interrogó Preston. La artista, visiblemente asustada, no respondió. Laura S

—
Yolanda le vio hablar con George Hagman, Frank. Aquí, en el «Dyango». Unos dí-

—¿Y...?

—¿Qué quería Hagman, Frank?

—Que dirigiera un negocio sus casinos.

—¿De veras?

—
Sí. Me ofreció más sueldo que Howard Larken, pero yo rechacé su oferta. Me sentí

—¿Y cómo tomó George Hagman su negativa?

—
No demasiado bien, porque a Hagman le gusta conseguir todo lo que se propone.

«Dyango». Pero no me preocupó, pues yo sabía que el señor Larken jamás se lo ve-

Tras las palabras del gerente, pronunciadas con mucha serenidad, huboun

Tenso.

Frank Preston sentía los ojos de Laura Spencer, Yolanda Ross, Adam Britton

Stack clavados en él.

Ninguno de los cuatro parecía creerle. Preston apretó los dientes.

—

¿Sospecha que tengo algo que ver en la muerte de su tío, señorita Spencer?

La joven asintió con la cabeza.

—Mucho, Frank. Y hay algo que parezca demostrarlo.

—¿El qué?

—Es bala que ve incrustada en la pared.

Preston siguió la dirección del brazo de la muchacha y descubrió el grueso
Laura añadió:

—

Fue disparada desde el edificio de enfrente e iba dirigida a la cabeza de Yolanda.

—¿Yolanda...?

—Sí.

—Debieron confundirla con usted, señorita Spencer—
repuso el gerente. Laura Spencer movió la cabeza de derecha a izquierda.

—

No, Frank; no hubió ninguna confusión. El asesino quería eliminar a Yolanda para

—Eso es absurdo.

—Para nosotros no lo es, Frank.

—No, y aveo que no—masculló Preston, los puños crispados

—, Yolanda sospechaba de mí y le fue muy fácil conseguir que usted esos peche

—Sí es cierto, no tiene por qué preocuparse—dijo Adam.

Preston lo miró, los ojos brillantes de furia, aduráspenas contenida.

—¿No se preocuparía usted, Adam, si estuviera en mi lugar?

Adam no respondió.

Frank Preston inspiró profundamente, como tratándose de serenarse. Luego

—Tienes que actuar de nuevo, Yolanda.

—¿Actuar...?—

se estremeció la artista, al tiempo que apretaba el brazo de Laura
Spencer.

Ella respondió:

—No, Frank.

El gerente frunció el ceño.

—¿No qué?

—

Yolanda no volverá a actuar, hasta que todo esto no se aclare. Se quedará conmigo

—Pero...

—

Está decidido, Frank. Han intentado matar la y yo no quiero que muera. Primero

—¿Qué testimonio?—la interrumpió Preston—,

¿Decir que vio a George Hagman hablando conmigo?

—Sí—asintió Laura.

—Eso no prueba nada.

—

Sí sólo fuera eso, es posible que no. Pero como es hecho va unido al de que ha ceun

FrankPrestonapretólosmaxilares.

—

Yosigopensandoquenoeraaellaaquienqueríanasesinar,sinoausted,señorita Preston.

—Yolandayyononosparecemosennada.

—

Decerca,no.Peroledispararondesdeeledificiodeenfrente,noolvideoso.

—Conmiratelescópica,seguro—intervinoMontyStack

—.Y,así,noesposibleconfundirse.

FrankPrestonsoltóungruñido.

—Deacuerdo,piensenloquequieran—

mascullóycaminóhacialapuerta.

Hizogirarlallaveconbrusquedad,abrióysaliódelahabitación,dandounporta

Después,sevolvióycomentó:

—

OFrankPrestonesunexcelenteactor...oesciertoquenotuvonadaqueverenlan

—LoprimerodijoMontyStack.

—Yoopinolomismo—dijoYolandaRoss.LauraSpencersuspiró.

—Meparecequeyotambién...

—Sospechoqueprontosaldremosdedudas—

dijoAdam,yfueenbuscadesucopa.

Algunos minutos después, Yolanda Ross decía:

—¿Puedo utilizar subaño, Laura?

—Naturalmente—

asintió la dueña del «Dyango», con una amable sonrisa.

—Gracias—

sonrió también la artista, y caminó hacia el dormitorio, no sin antes dirigir un air

El rubio se puso nervioso.

Un par de minutos después, Monty preguntaba:

—¿Puedo ir a frotar la espalda, Laura?

—Si llas edeja....—rió la joven.

—Voy aver—

carraspeó Monty y fue hacia el dormitorio. Lo atravesó casi corriendo y llan

—¿Yolanda...?

—¿Sí, Monty?

—¿Puedo pasar?

—Acabodeme termee en la bañera...

—¿No te gustaría que te frota la espalda?

—¿Qué tal se tede?

—Fenomenal.

—Pasaydeme ústramelos. Estás abierto.

Monty abrió la puerta y se introdujo en el cuarto de baño.

Sellejó una sorpresa, porque Yolanda no se hallaba metida en la bañera, sino

Ella explicó:

Estoy esperando que se vacíe la bañera. En este aguase bañó Laura, ya un que noe

—¿Por qué me dijiste que...?

—Me pareció más excitante—sonrió lascivamente Yolanda.

—Qué astuta eres.

—No tenía deseos de bañarme, ¿sabes?

—¿No?

Fue una excusa para estar contigo sola, pues estaba segura de que captarías el

—Aquí me tienes—

sonrió Monty, sentándose también en el borde de la bañera, junto a la artista.

Intentó besarla, pero ella le puso la mano en el pecho y le frenó.

—Así no, Monty.

—¿Qué?

—Desnúdate.

—¿Que me desnude?

—Vamos a bañarnos juntos.

—Ah...

—¿Te disgusta la idea?

—Al contrario.

—Venga, fueraropa.

Monty se lo quitó todo en unos segundos, conservando sólo el slip. Yolanda

—¿Piensas bañarte con eso puesto, Monty?—

preguntó, con malévola sonrisa. El rubio carraspeó.

—
No, claro que no. Pero prefiero que te desnudes tú primero, Yolanda. Es lo correcto.

—Está bien, no tengo inconveniente—

repuso la artista, desatándose el cinturón de la bata.

Lohizó lentamente, con voluptuosos gestos. Luego, se abrió la bata; muy despacio

Consiguió lo que se proponía: excitara a Monty antes de que éste le pusiera las

manos encima.

Le bastó mirar el slip, para saber que él se estaba poniendo rápidamente en
caer al suelo,

No quedó completamente desnuda.

Llevaba la pieza inferior de un bikini azul, descaradamente reducida y que se

Porel momento, no hizo ademán de despojarse de ella.

Monty Stack recorrió con la mirada a aquel cuerpo de diosa, que ya admirara en

Se puso mucho más en forma, todavía.

Lentamente, Yolanda Ross se llevó las manos a las portentosascaderas e intro

La sugestiva prenda saltó de inmediato y cayó al suelo, dejándola descubierta e

Monty no pudo resistir más y saltó materialmente sobre la artista. Yolanda

Peronó quiso resignarse a un papel pasivo y por ello tiró del slip de Monty hacia abajo,

emitiendo un grito de gozo cuando sintió contra su cuerpo lo que sintió.

Se excitó de tal manera, que ella misma lo dirigió hacia su palpitante intimidad.

Yolanda emitió un quejido de lujuria y procuró acoplarse al ritmo de Monty.

Un ritmo que pronto se hizo frenético, que los hizo jadear y gemir de placer al o

Permanecieron un buen rato así, abrazados, inmóviles, exhaustos, literalmente

Como la bañera ya se había vaciado totalmente, Yolanda Ross levantó el peso

Elchorrodeaguafríacayósobresuscuerposdesnudos,sudorosos,agotados

—¡Brrr...!—

seestremecióMontyStackyquisoapartarse,peroYolandaleretivosobresíyde

—Estonosreanimará, Monty. Ycuandohayamosrecobradolasfuerzas...

—¿Qué?

—Vueltaaempezar.

—Cuandoyodijequenosesperabaunanoche citainolvidable...—

sonrióMontyybesólalascivabocadeYolanda,queyaleesperaba,golosayanhe

Enlasaladeestar,LauraSpencerdijo.

—

ParecequeYolandanotuvoinconvenienteenqueMontylefrotelaespalda...

—Esevidentequeno—sonrióAdamBritton.

—Montylehacaídobienayolanda

—

YsiesYolandaaMonty,nodigamos.Desdequelaviometerseenelbañodeespun

—

Mealegrodequeambosdisfruten,peroestaríanmáscómodosenlacama.

—Nocreoquelesimportedemasiadohacerelamorenunabañera.

—No,yotampoco—rióLaura.

Adamsesentóenelsofá,juntoaella.

Laurasealegró,puespensóqueibaestrecharlaentresusbrazosybesarlaenlos

—¿Cuántosaños teníasutío,Laura?

—Cincuentaydos.

—¿YcuántosleparecequetieneYolanda?

—Veintitrésoveinticuatro.

—Muchadiferencia,¿no?

—

Séaloqueserefiereyestoydeacuerdo.PerotíoHowarderamuymujeriego,com

AdamBrittonpermaneciócallado.

Pensativo.

LauraSpencerlepusolamanoenelhombro.

—Adam...—pronunciótiernamente.Brittonlamiró.

—¿Nosientedeseosdebesarme?—preguntóella.

—Antes,enelcuartodebaño,yaledemostréquesí—recordóAdam,

—Perotuvequepedírseloyo,,

—Sí,esverdad.

—¿Tendréquepedírselonuevamente?

—Preferiríaquenolohiciera.

—¿Porqué?

—Silabesomásveces,corroelriesgodeenamorarmedeusted.

—¿Yesoledisgustaría?

—

Uncualquierano'debeenamorarsedeunamillonaria,nuncadabuenresultado

—Oh,conqueeraeso...

—Sí.

—Grandísimotonto...

—¿Ustedcree?

—Seacabóelusted,Adam-

—Meniegoatutearla.

—Esunaorden.

—Ah,enesecaso...

Lauralepasólosbrazosporelcuello.

—Bésame,Adam.

—¿Esotraorden?

—Sí.

Adamlabesó.Laurasepegóal.

ComoAdamllevabaabiortalachaquetadelsmoking,atravésdeladelgadacar

Leentraronunosdeseoslocosdeintroducirunamanoporlaaberturadelabat

Lauraseparósubocadeladeélydijo:

—¿Esquenotengonadaqueteguste?

—Todo,yatelodije.

—

¿Yquévoyatenerquehacerparaqueteatrevasaacariciarmicuerpo,regala

«Dyango»ytodoeldineroqueheredédemitío?

—¿Loharías?

—

Sinohubieraotromododedemostrartequemegustasconlocurayquemeimpor
¿nocrees?

—Másqueunatontería;unabarbaridad—

sonrióAdamymoviólamanohaciaelcinturóndelabata.

Lodesatóensólodossegundosyluegoabriólabatadeparenpar.

LasmanosdeAdamcubrieronloshermososensos,cálidosypalpitanes,ques

—Adam...—musitóLaura,cerrandojosojos.

Adamlabesóenlospárpados,enlanariz,enlospómulos,enlasorejas,enelcu

—Oh,Adam...—

susurróella,apretandolacabezadeélcontrasusensos.

Las manos de Adam descendieron, recorriendo y estimulando cada centímetro.
Laura, que suspiraba entre cortadamente, se estremeció de pies a cabeza y empujó.

—¡Adam!

Britton trató de tenderla en el sofá, pero ella rogó:

—No, Adam.

—¿No...?—se desconcertó él.

Laura le acarició las mejillas y le sonrió amorosamente.

—

No quiero perder mi virginidad en un sofá, llévame a la cama. Adam parpadó.

—¿Eres... virgen?

—Sí.

—Laura..

Elle cubrió la boca con su mano.

—Nodigas nada más y tómate en brazos. Adam obedeció.

Laura le besó cálidamente en los labios.

Adam echó a andar hacia el dormitorio, al tiempo que subió y se volvió a ella.

Frank Preston durmió mala que llanoche.

Tenía demasiadas cosas en qué pensar, y eso, lógicamente, le impedía conciliar.

Por la mañana, apenas desayunó.

Las preocupaciones le habían quitado también el apetito.

Más tarde, ya ensu despacho, el gerente del «Dyango» hojeó los periódicos del día.

Entonces se le habló de lo ocurrido la noche anterior en la habitación de la señora.

Llevaba Preston unos quince minutos en su despacho, cuando llamaron a la puerta.

—Adelante—

autorizó al gerente, sin levantar la mirada del periódico que en aquel momento estaba leyendo.

La puerta se abrió, pero no entró nadie. Sólo entraron balas.

Nada menos que cuatro.

Escupidas por una «Parabellum» provista de silenciador.

Frank Preston no llegó a ver quién le disparaba, porque el primer golpe del proyectil le dio en la cabeza.

Los otros tres plomos, alojados uno en el cuello y dos en el pecho, ya no eran necesarios.

Pero eso no le dio tiempo a pensar.

A él le habían ordenado incrustar varias balas en el cuerpo del gerente del «Dyango».

Después, se guardó tranquilamente el arma y cerró la puerta.

Frank Preston quedó desmayado en su sillón, la cara y el pecho totalmente cubiertos por la sangre.

Responsable de la muerte de Howard Larken, había ido a reunirse con él en la habitación de la señora.

Allá.

El timbre de la habitación de Laura Spencer se dejó oír. Yolanda Ross fue la primera en responder.

—¡Monty!—

llamó, zarandeando al rubio, que se hallaba abrazado a ella, sobre el sofá. Monty se levantó.

—¿Quieres hacer el amor o travez, Yolanda?

—No, estoy rendida.

—Yotambién, lo confieso.

—Dejade acariciarme los pechos y levántate.

—¿Qué me levante?

—Están llamando, Monty.

—¿Quién está llamando?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Está bien, voy a ver—

rezongó Monty y apartó la bata de Yolanda, que le servía a los dos desábanda.

Ambos estaban desnudos.

Monty se puso el slip y los pantalones, mientras Yolanda se colocaba el brevete.

En el instante en que Monty extraía su pistola de la funda, la puerta del dormitorio se

abrió y Adam Britton, que también había oído el timbre, salió de él con su 38 en la

Al igual que Monty, sólo se había puesto los pantalones. Tras él apareció Lau

—Tenemos visita, ¿no, Monty?—dijo Adam.

—Es dice Yolanda. Y no he oído llamar, dormía como un leño.

—Laura, colócate detrás del sofá—indicó Adam

—Tú también, Yolanda. Los dos jóvenes se apresuraron a obedecer.

Adam y Monty se situaron junto a la puerta.

—¿Quiénes?—preguntó el primero.

—El comisario McCain—

respondieron desde fuera. Adam no dudó en abrir, pues era la voz del comisario

McCain entró en la habitación, acompañado de un par de agentes.

—No están informados, ¿verdad?—dijo, con grave gesto.

—¿De qué, comisario?—preguntó Adam.

—Frank Preston ha sido asesinado.

Adam, Monty, Laura y Yolanda se miraron, perplejos. El comisario McCain

—Fue hallado muerto en su despacho hace unos minutos, por uno de los empleados

del casino. Le dispararon cuatro balas. Esta mañana, alrededor de las nueve y me

Debió decirle a George Hagman que sospechábamos la verdad y éste decidió lin

—murmuró Yolanda Ross.

McCain tornó los ojos,

—¿Qué dice de George Hagman...?

—Explícaselo tú, Adam—

rogó al artista. Adam Britton informó al comisario de todo.

La entrevista que mantuvieron George Hagman y Frank Preston... El inten

La conversación que mantuvieron ellos cuatro con Frank Preston, la noche

—¿Por qué no me telefonearon y me contaron todo eso anoche?—gruñó McCain.

—Queríamos conseguir pruebas, comisario—respondió Adam.

—Esomeincumbeami,noaustedes.Adamnoreplicó.

Montypreguntó:

—

¿Averiguaronyalaidentidaddelostresindividuosquemurieronanoche,comi

—Todavíaano,peroestamostrabajandoenello.

Algunosminutosdespués,elcomisarioMcCainylaparejadeagentesse march

—Sehaquedadosingerente,Laura—dijoMonty.

—Sí...—musitólajoven.

—JamásdebióentrarentratosconuntipocomoGeorgeHagman—
dijoYolanda.

—Talvezdijeralaverdad,ynuncaentróentratosconél—

observóAdam.Monty,LaurayYolandalomiraron.

—SinocumplíaórdenesdeHagman,¿porquéselocargaron?—
repusoelrubio.

—

Laexplicaciónpodríaserésta:GeorgeHagmandeseaadquirirel«Dyango».Con
«Dyango»,cambiabasdeopiniónytedecidíasavenderlo.Apartedequeconelas

—¿Yquépasaconmigo,Adam?

¿Porquéintentaronvolarmelacabezadesdeeledificiodeenfrente?—
preguntóYolandaRoss.

—Eso.¿PorquéquisieronescabecharaYolanda?—
dijoMonty.Adamcompusounamueca.

—

Paraesehechonotengoexplicación.Ano serque,comodijeraPreston,confund
Montysacudiólacabeza.

—

Yodescartototalmenteesaposibilidad,Adam.Elasesinosabíaquedisparabas
Yolanda.Ytodossabemosporqué:paraquenopudierarevelaraLaurasussospe

—

Sí,yotambiénestabaseguro,traselintentodeasesinatoquesufrióYolanda,deq

¿PorquéibaHagmanaeliminarle,siestabadesuparte?

—

PorquePrestonleinformódequesospechábamoslaverdad,yalodijoYolandaa

—repusoMonty

—.Hagmantuvomiedodequesefueradelalenguaydecidiócerrarlelaboca.

—¿Irsedelalengua,conloimplicadoqueestaba?

—LostiposcomoHagmanactúanasí,Adam—tercióYolanda
—Noquierendejarningúncabosuelto.EramásseguroeliminarlaPrestonqued
—Magníficorazonamiento,Yolanda—aplaudióMonty.
—Sí,deboreconocerlo—suspiróAdam.
—Encualquiercaso,yosigoestandoenpeligro
—murmuróLaura.
Adamseacercóaaellaylerodeóloshombrosconsobrazo.

—
MontyyyonodejaremosqueHagmansesalgaconlasuya,teloprometo.

—¡Seguro!—exclamóelrubio.

—Brindemosporello—propusoYolandaBoss.

—Excelenteidea—

aprobóMonty,ehizoademánderidirirsealbar,perolaartistaledetuvo.

—Estavezmetocaamíhacerdebarman,Monty.

—¿Setedabien?

—¿Sabesdealgoquesemedéal?—repusoella,maliciosa.

Elrubioquisoatraparlaporlacintura,peroYolandadiounacarreritahaciaelba

MientrasYolandapreparabalasbebidas,AdamyLaurasesentaronenelsofá,yM

Segundosdespués,Yolandaseacercabaconlascopas.

EntregódosaAdamyLaurayluegosesentóenelbrazoizquierdodelabutacaque

—¡Hale!,abrindarporloquehabíamosquedado.

AdamyLaurahicieronentrechocarsuscopas.TambiénMontyyYolanda.

Elrubiodebiógolpear demasiado fuerte la copa de la artista pues a él se le cayó de

—Qué brusco eres, hijo—dijo Yolanda.

—Cuánto lo siento, Yolanda—

se disculpó Monty. Ella le dio un cariñoso pellizco en la mejilla.

—No te preocupes, me serviré otra—

sonrió, levantándose del brazo del sillón y caminando hacia el bar.

Monty se acercó a su copa a los labios. Adam dijo:

—No bebas, Monty.

El rubio lo miró, sorprendido.

—¿Por qué no, Adam?

—El whisky está envenenado.

MontyStackapartórápida mentelacopadesuboca.

—¿Envenenado...?—repitió,haciendoungalloconlavoz.

—¿PorquécreesqueYolandaderramóelwhiskydesucopa?—
dijoAdamBritton,mirandoaYolandaRoss.

Laartistasehabíaquedadoclavadaaunpardemetrosdelbar,yelcolorhuyó

LauraSpencer,tanatónitacomoelrubioMonty,balbuceó:

—¿Estás...estásacusandoaYolandade...de...?

—

Dehaberechadounvenenoenlabotelladewhisky,antesdeservirlascopas

—asintióAdam

—Lohizoconmuchodisimuloperoyolaobservabaporelrabillodelojo,porque

LaurayMontyadvirtieronquealapálidaYolandaleflaqueabanlaspiernas.

Adamdijo:

—

¿Loconfiestodoahora,Yolanda,ocuandollegueelcomisarioMcCain?

Laartistaseaproximóalbutacónlibre,conpasovacilanteysederrumbómate

—Yocontratéalostresmatonesqueasesinaronatutío,Laura—
confesó,conapagadavoz.

—¿Porqué?—interrogóAdam

—

Prometiócasarasconmigo,peronopensabahacerlo.Sóloqueríagozardemicu

YolandaRosshizounabrevepausayprosiguió:

—

OícomentaraFrankPrestonquetú,Laura;estabasrechazandotodaslasofertas
«Dyango».PoresamismarazónteenviéelanónimoaChicago.Sabíaqueesonot

—¿Yeltipoquetedisparódesdeeledificiodeenfrente...?—
murmuróLauraSpencer.

—

SellamaJeffNortonyesunasessinoprofesional.Consufalsointentodeasesinato

responsables de la muerte de Howard Larken.

—¿Mató ella a Preston?—inquirió Adam.

—

Sí. De ese modo, el comisario McCain tampoco dudaría de que George Hagman

—Incluso de la muerte de Laura...

—

Sí. La caída de mi copa al hacerla antorchar con la de Monty, me serviría para excluir a McCain por qué yo me había librado de morir envenenada. Encanto al veneno, ¿cómo iba a sospechar de mí si yo había sufrido un intento de asesinato?

Dos, mejor dicho, porque yo también debía haber muerto envenenada.

—Muy inteligente.

—Muy zorra, diría yo—

me besó Monty. Yolanda levantó los ojos y le miró.

—Lo pasé muy bien contigo, Monty.

—Tan bien, que iba a envenenarme.

—Y ahora podías tenerme. Monty la miró con desprecio.

—

Tan bien como fueras tan mal ahora dentro... Yolanda Ross bajó nuevamente la mirada. Adam Britton descolgó el teléfono y pidió hablar con el comisario McCain.

EPILOGO

El comisario McCain quedó muy sorprendido al saber que Yolanda Rosserala
Interrogó al artista, antes de llevarse la detenida, para saber dónde se halla
Norton, el asesino profesional.

Yolanda se lo dijo.

Pocos minutos después, Jeff Norton era apresado en la habitación del casino-
hotel donde se alojaba.

Durante el resto del día, Laura Spencer estuvo cavilando entre vender el «Dyango»
Tras la cena, que les fue servida en la habitación, como el almuerzo, la joven co-

—¿Qué crees que debo hacer, Adam?

—Es lo que has de decidir tú, Laura.

—¿Qué harías tú, si te hallarás en mi lugar?

—Conservare el «Dyango».

—

¿Note asustaría el interés que tiene George Hagman por adquirirlo?

—

No, porque Hagman no intentó nada contra tu tío. Se limitó a hacerle tentadoras

—¿Y quiénderigirá el casino?

—

Bueno, creo que Monty y yo podemos hacerlo. Al principio, andaremos un poco

—¡Seguro!—exclamó el rubio—Pero no tienes que pagar bien,

¿eh, Laura?—exigió, con una simpática sonrisa.

La joven movió la cabeza.

—No pienso pagar nada.

—¿Nada...?—

repetió Monty, mirando a Adam, que se hallaba tan sorprendido como él. La

—

Voy a nombrar a socios y los beneficios que obtenga el «Dyango», los repartiremos

¿Estáis de acuerdo?

Monty brincó de su silla.

—¡Socios!... ¡Nos quiere hacer socios, Adam!

Este, visiblemente emocionado, también, dijo:

—

No merecemos tanto, Laura. Con los cien mil dólares que nos vasa entregar por

—Está decidido, Adam; seremos socios.

—De acuerdo, no pienso discutir contigo.

—Y como lo hagas, tendrás que verte las conmigo—

advirtió Monty. Laura y Adam rieron.

Monty se centró en elazo con presuntuoso gesto.

—

Con vuestro permiso, socios, voy a darme una vuelta cita por el casino

—¿Te espere alguien, Monty?—preguntó Adam.

—¿Cómo los sabes?

—
Estata de te vi meter te en el camerino de las bailarinas del «Oriental Holliday» y

Monty te sonrió nerviosamente.

—Bueno, yo... Laura sugirió:

—Creo que Monty debería ocuparse de la contratación de los artistas.
¿Estás de acuerdo, Adam?

—No sé si le gustará...

—¡Me encantará!—exclamó Monty y corrió hacia la puerta.

—¿Adónde vas con tanta prisa?—preguntó Adam.

—
¡A prorrrogarle el contrato a las japonesitas, que son muchas y yo quiero probar!

—
respondió el rubio y salió de la habitación, entre las risas de Adam y Laura.

—Monty se lo va a pasar bomba a partir de hoy—comentó Adam.

—¿Y tú...?—preguntó Laura, mirándolo a los ojos.

—Depende de ti.

—Yo quiero lo mejor para ti, Adam,

—Lo mejor para mí eres tú, Laura.

—Puedo ser tuya para siempre, sólo tienes que casarte conmigo.

—Pormí, mañana mismo.

—¿Y hasta entonces...?

Adam se levantó y la tomó en brazos.

—¿No lo adivinas?

—Sí y ya me tiemblan todo el cuerpo de felicidad—

respondió ella, y le besó con ternura. Así, con su boca unida a la de Laura Spe
en busca de los deliciosos placeres del amor.

FIN

¡AHORA sí es posible!
*Puede usted saborear de
nuevo las más apasionantes
e inolvidables novelas de*

MARCIAL LAFUENTE ESTEFANIA

*a través de una selección
que ofrecen las Colecciones:*

BISONTE Serie Roja

BISONTE Serie Azul

BUFALO Serie Roja

BUFALO Serie Azul

CALIFORNIA

SALVAJE TEXAS

COLORADO

KANSAS

HEROES DEL OESTE

CALIBRE 44

HOMBRES DEL OESTE



ASEGURE SU EJEMPLAR

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 35 PTAS.